

## RESEÑAS

AA. VV. (1999): *Los refugiados españoles y la cultura mexicana*. Actas de las segundas jornadas celebradas en El Colegio de México. México, D.F., El Colegio de México: 497 págs.

VALENDER, J. y ROJO LEIVA, G. (eds.) (1999): *Las Españas. Historia de una revista del exilio (1946-1963)*. México D.F., El Colegio de México, Fondo Eulalio Ferrer: 794 págs.

OTAOLA, S. (1999): *La Librería de Arana. Historia y fantasía*. Madrid, Ediciones el Imán: (1ª edición México, 1952), 370 págs.

Creo que han llegado los tiempos de la esperanza. Y lo digo con cierta satisfacción porque el trabajo y la paciencia son características de este grupo de historiadores que trabajamos en la recuperación multidisciplinar del exilio. Si la creación de la Asociación (AEMIC) tuvo un inicio prometedor, el lanzamiento de este primer número de la revista *Migraciones & Exilios. Cuadernos de AEMIC*, confirma los mejores augurios. El año 1999, bajo la convocatoria del GEXEL, con sus doce congresos sobre el exilio cultural, ha sido la prueba fehaciente del poder de una utopía colectiva. En otro sentido, las numerosas publicaciones que se registran en los últimos tiempos confirman esta aseveración.

Ahora corresponde dar cuenta de las iniciativas de dos instituciones que están contribuyendo generosamente a la difusión y conocimiento de esta España que nos había sido secuestrada. Es encomiable el trabajo que desarrollan la Residencia de Estudiantes y El Colegio de México en una colaboración que, como José García-Velasco apunta “renueva viejos vínculos y hace de ida y vuelta el flujo que...tuvo en ciertos momentos una sola dirección”

Las *Actas* de las segundas jornadas son un claro exponente de la viabilidad del proyecto que comenzó en 1994, con la celebración del primer encuentro. Éste tuvo lugar en Madrid, reuniendo a investigadores de uno y otro lado del mar: J.L. Abellán, J. Marichal, R. Segovia, A. Souto, A. Lira...entre otros.

Ahora, dos años más tarde, ha sido continuado en El Colegio. Su presidente Andrés Lira reconoce igualmente la hermandad de orígenes, espíritu y objetivos. No es ajena a estas iniciativas la colaboración en una y otra institución de un equipo de investigadores que promueven y crean cauces de difusión, como veremos posteriormente. En estas segundas jornadas, cuyas *Actas* vieron la luz en este sonado año de fin de siglo, colaboran destacados especialistas y se procura atender a las distintas facetas de una diáspora tan variada como rica, dando como resultado un volumen denso e interesante con valiosas aportaciones.

En un primer apartado se reúnen los trabajos de carácter literario, encabezados por el de James Valender, que con Rose Corral, Díaz de Guereñu y Arturo Souto, conforman un espacio en el que predomina, como no podía ser menos, la poesía. La maestría de J. Valender, a través de Luís Cernuda, desvela una de las discusiones importantes entre la España interior

y exterior. La distinta evolución de unos y otros poetas condujo en los años cincuenta y primeros sesenta a una transformación que da lugar al debate que Valender plantea: “Del margen, la poesía social se había mudado al centro del poder literario español y en el proceso se había cerrado...ante todo lo que la poesía del exilio podría representar de ruptura frente a la norma”. La “Desolación de la quimera” (México, 1962) de Cernuda, representaría el rechazo mas bien global que hacen los poetas exiliados del, a su juicio, cerrado espíritu tribal del interior. Emilio Prados abunda en esta opinión, (haré de paso mención, de la Correspondencia, Prados/Sanchis-Banús, editada por Pre-Textos). En fin, sí Cernuda se mostró muy crítico, lo cierto es que su obra fue reconocida en la revista valenciana de poesía *La caña gris*. No obstante en opinión de Valender, “se sigue escribiendo la historia de la poesía española de postguerra como un proceso que atañe únicamente a los nuevos poetas surgidos entonces en la península... ¿Qué nos enseñan los manuales sobre Moreno Villa, Prados Altolaguirre, Domenchina o Rejano?”. Y creo que tiene razón.

El exilio en las artes está representado por trabajos de Héctor Perea, Juan Pérez de Ayala y Agustín Sánchez Vidal. La pintura pivota sobre el interesante análisis que hace Pérez de Ayala de la relación de Moreno Villa con el arte mexicano. Por lo que respecta al cine Sánchez Vidal, con su habitual destreza, presenta un Buñuel mexicano, puesto que allá vivió 36 años, rodó allí veinte de sus treinta y dos películas y él mismo reconoce que llegó a ser el realizador que fue porque encontró un país donde pudo trabajar en buenas condiciones. Su encuentro/desencuentro con el surrealismo mexicano, el cine comercial de México y su dimensión de cineasta que no se cerró a pesar de todo al país de acogida. Europa y Estados Unidos, incluso España, estuvieron siempre en su horizonte, aunque la relación no llegara a cuajar. Incluye un reconocimiento necesario para los exiliados que siempre le ayudaron: Julio Alejandro, Luís Alcoriza, Juan Larrea, Max Aub, Gustavo Pittaluga, Carlos Velo, Eduardo Ugarte, Manuel Altolarrigue. Una aportación al cine del exilio, aunque sea sobre el director más universal, siempre bien recibida.

Los apartados III y IV, “Ideas y pensamiento” y “El mundo de los libros” reúne trabajos de Andrés Lira, Teresa Rodríguez de Lecea, Francisco Gil Villegas, Alfredo Baratas, Víctor Díaz Arciniega, Martí Soler, José García-Velasco, Ascensión H. de León Portilla y Angelina Muñiz-Huberman; investigadores todos bien conocidos, participantes algunos de las primeras Jornadas, configuran una historia intelectual en la que empieza a apuntar el estudio de la obra de los exiliados en ámbitos que no son los estrictamente literarios y que están bien necesitados de monografías básicas. Ocurre esto con la nueva aproximación de Andrés Lira al historiador Ramón Iglesia que va completando lo ya hecho en las Jornadas anteriores. Por no ser una primera figura, precisamente, conviene rescatarlo del olvido. Fue archivero-bibliotecario de la Biblioteca Nacional de Madrid, miembro del Centro de estudios históricos, secretario de *Tierra Firme*. Uno de los primeros intelectuales en llegar a México, ayudado desde el primer momento por Alfonso Reyes y La Casa de España. “Los estudios de Iglesia y los trabajos realizados en España lo acreditaban como bibliotecario excelente, conocedor de la historiografía medieval, filólogo y traductor, como el que se había acercado más a la historia de América y de México”. (A. Lira, Jornadas, 1994). Fue profesor en El Colegio de México y

algunas universidades americanas, Berkeley, Illinois, Wisconsin. Es una aproximación excelente y sus trabajos son ya mencionados, lo que permite estudiar su obra como hacen Alvaro Matute y M. Peset. Un esfuerzo por dar a conocer a Gaos y un específico momento de la recepción de Ortega en México a través del mismo, el grupo Hiperión, son el centro de interés de Teresa Rodríguez y Francisco Gil Villegas. El grupo Hiperión trató de crear una filosofía propia y, con categorías existencialistas, abordar la identidad mexicana. Es importante a mi juicio penetrar en esta filosofía conectada con el exilio de la que poco sabemos hasta ahora si exceptuamos la obra de J.L. Abellán, especialmente *El exilio filosófico en América* y algunos estudios publicados en *Anthropos*.

Y de la historia y la filosofía pasamos a la ciencia, que es realmente, la oveja negra de las investigaciones. A pesar del enorme libro de Francisco Giral y de algunos trabajos monográficos, diría yo, que es la parcela más necesitada de investigación, que apenas se inicia en España desde La Residencia, con Santos Casado —su estudio sobre los naturalistas— y Alfredo Baratas en el Consejo superior de investigaciones científicas. Nombres tan importantes como Pío del Río Hortega, Isaac Costero, los Bolívar, los de Buen, los 225 científicos, cuyo éxodo hacia México consta en los archivos de la JARE. Los hombres de ciencia en Argentina, Colombia, Venezuela o E.E.U.U. están esperando que historiadores de la ciencia, con un cierto horizonte político utilicen los Archivos de la Residencia, del CTARE, de la JARE, de El Colegio de México, del Palacio de la Inquisición donde está ubicado el departamento de historia de la medicina y trabaja Carlos Viesca Triviño, e incluso archivos particulares que sólo en algún caso son accesibles.

El mundo de los libros, parte importante de este exilio, se ve enriquecido por las aportaciones del estudioso del Fondo de Cultura Económica, Víctor Díaz Arciniega, que ahora incide en la editorial Séneca aportando una documentación exhaustiva además de una desmitificación simbólica. A modo de ejemplo dice: “También es poco lo que se ha indicado del catálogo conjunto, pues los cinco libros publicados en la colección Lucero, han bastado para borrar las cuatro colecciones restantes y la escasa media centena de títulos. Es decir se conoce y celebra la punta del iceberg, pero el trasfondo subyacente y la dirección de su movimiento se pasan por alto”. Pienso si es una crítica al difundido libro de Gonzalo Santonja, en todo caso “aviso para navegantes”. Miguel Prieto, *Las Españas*, y la *Dulcinea* de Angelina Muñiz, forman el último tramo de este apartado.

Con lo dicho, creo, queda de manifiesto la importancia e interés de estas *Jornadas*, cuya continuidad parece necesaria, tanto por el foro establecido, como por la calidad de los participantes y futuros colaboradores. Haré referencia en el apartado final a los estudios de Alicia Alted, Javier Garcíadiego, José A. Matesanz, Georgina Naufal, Dolores Plá, Concha Ruiz-Funes y Fernando Serrano. La presencia de A. Alted ya es habitual en este tipo de encuentros. El abanico de sus intereses es amplio y se despliega desde una historia de la cultura del exilio a los aspectos políticos e institucionales. En México se centró en la reconstrucción de las instituciones de la República, basándose en trabajos anteriores especialmente en el realizado para la catalogación del Archivo de la República, fondo París. Clara y precisa, Concha Ruiz-Funes, nos deja perfiles bien definidos en relación con la Unión de Profesores Universitarios, tema

que conozco bien y he incorporado a mis propias investigaciones. Con la ventaja para la profesora Funes de contar con el archivo particular de Mariano Ruiz Funes que protege celosamente de incursiones externas.

Dos trabajos se centran en los intelectuales y políticos mexicanos, Alfonso Reyes y Narciso Bassols, artífices de la recepción y cuidado de los angustiados españoles. Finalmente, pero no menos centrales son los estudios sobre los refugiados, un recuento y caracterización general de Dolores Plá, con una reflexión sobre el auxilio absolutamente salvador que ofreció México, resultado de su reciente tesis doctoral. Y, desde otra óptica, la consideración del exilio a través del testimonio de dos mujeres que se autocalifican “gentes del común”, aunque por cierto no lo serán tanto pues se trata de Concha Genovés y Carmenchu Elío, la historia oral y la voz de la mujer aportan su visión del dramático episodio mediante la pluma ágil y la sensibilidad del historiador mexicano José A. Matesanz.

En resumen un aporte ineludible para todos los estudiosos, con muchos aciertos y algún quiebro...Que siga la saga!

\* \* \* \*

La importancia de las revistas del exilio fue puesta de relieve desde los primeros momentos en que éste pasó a ser un libre objeto o sujeto de estudio. Manuel Andújar o Antonio Risco se ocuparon de caracterizar las más importantes bien en América bien en Francia. Después han tenido buenos continuadores como Francisco Caudet para las de México. Y han sido fuente inexcusable para muchos trabajos tanto de crítica literaria, como históricos.

De un tiempo a esta parte y al aumentar el número de estudiosos, se ha evidenciado la necesidad de facilitar su consulta sin costosos desplazamientos o para evitar su deterioro. De aquí la gran idea de las ediciones facsimilares que progresa por momentos. Se empezó por las publicaciones señeras de la guerra civil como *Nueva Cultura* y *Hora de España*. Después llegó el momento de las más importantes del exilio, *España peregrina*, *Romance*, o *Litoral*. Y ahora entra en juego el interés inteligente del equipo de investigadores de El Colegio de México. James Valender con Carlos Blanco Aguinaga, Rose Corral y Arturo Souto han puesto en marcha una serie que titulan “Literatura del Exilio Español”, adscrita al Centro de estudios lingüísticos y literarios financiada por el Fondo Eulalio Ferrer que ya va por el número cinco. El primer facsímil fue *Ultramar* (1993) como un ensayo muy conseguido, y se atreven ahora con una difícil síntesis bien meditada de *Las Españas*, a cargo de James Valender y Gabriel Rojo Leyva. No es exactamente una edición facsimilar, más costosa, pero cuenta con un “Estudio introductorio” que la sitúa, y una Antología que pretende y en cierta manera consigue, dar una buena idea del conjunto de ésta, quizá, la publicación señera del exilio. Cuenta además con un Apéndice de testimonios y entrevistas y unos útiles Índices general y onomástico que pueden guiar al consultor interesado. Como se señala en el Prefacio estos índices abarcan igualmente las publicaciones complementarias *Noticias de Las Españas*, *Diálogo de Las Españas* y *los Suplementos*. *Las Españas*, por el amplio periodo cronológico que abarca (1946-1963), “fue un proyecto político y literario de largo alcance...(que) ofreció un espacio de expresión y de diálogo...durante los largos y duros años de decepción y desengaño que sobrevinieron después del desenlace de la segunda guerra mundial”.

Como antecedentes y resultado de la experiencia de José Ramón Arana, del que luego hablaré, se hace mención de la revista *Aragón* (1943-1945), cuya edición facsímil se realizó en Zaragoza por José Carlos Mainer y Eloy Fernández Clemente. Y de *Ruedo Ibérico* (1944), con un sólo número, estudiado por Gabriel Rojo (nota 4: 22, del Estudio introductorio)

*Las Españas*, fue fundada por José R. Arana y Manuel Andújar con el propósito de dar voz a los españoles sometidos ya que ellos gozaban de libertad de expresión y tenían la posibilidad de mantener vivos los valores por los que habían luchado, sentían incluso el deber moral y patriótico de hacerlo. Querían que fuera no sólo un foro de difusión política y se enfrentaban al gran reto que afectaba a todos: el futuro de España. Querían, por último, lograr la unidad superando las facciones que enfrentaban a los republicanos. De ahí su nombre símbolo de unidad al tiempo que reconocían la diversidad. Desde el segundo número figura junto a los fundadores el ingeniero José Puche Planás, hijo del rector de la universidad de Valencia José Puche, y enorme ayuda para todos los que nos hemos acercado a su amistad y generosidad. Con Anselmo Carretero, incorporado en el número seis dirá: “El primer objetivo de *Las Españas*, era ayudar a librar a España del franquismo, pero no para reinstaurar la República de 1931, sino para establecer un nuevo régimen democrático más acorde con la naturaleza de la nación española”, visión lúcida que separaba esta publicación de ciertas nostalgias esterilizantes.

En el número 11 la lista de editores aumenta con la inclusión de Eduardo Robles y Mariano Granados, por razones que se explican y llegó a tener 120 colaboradores entre los que se cuentan algunos españoles del interior como Gabriel Celaya y Eugenio de Nora. En definitiva la revista pretendió reunir a todos los exiliados de cualquier tendencia y libre de toda filiación aunque su postura fue variando con el tiempo. En algún momento fueron criticados por los comunistas de *Nuestro Tiempo*; Manuel Andújar, en cambio, la dejó porque a su juicio se iban politizando en exceso. Es interesante seguir esta evolución en el apartado II del “Estudio introductorio”. Entre los colaboradores gráficos se cuenta con J. Renau, R. Gaya, J. R. Arana, Manuela Ballester, Bartolozzi y Elvira Gascón y con inspiración en *Romance*, dedica mucho espacio a los artistas y la fotografía. Los editoriales fueron obra de Arana, aunque Carretero señala que se discutía el texto con los redactores. Secciones importantes fueron: “España en el recuerdo”, “Libros”, “Noticias”, “Cartas”, el inenarrable “Disparadero de Las Españas” a cargo de la redacción, pero escrito frecuentemente por Daniel Tapia o J. R. Arana. Un fallo que se reconoce es no haber podido implicar a los más jóvenes y es que “existía una profunda diferencia generacional en la forma de asumir la experiencia del exilio”. Por esta causa ellos prefirieron elaborar sus propios órganos de expresión como *Clavileño*, *Presencia* o *Segrel*. Financiación y distribución son también tenidos en cuenta. El Estudio rebasa lo realizado por otros investigadores que son mencionados como A. Alted, primera en estudiarla monográficamente; comprende 284 páginas con una serie de apartados que permiten una comprensión global de la revista. No obstante y aún con la Antología, el lector quisiera poder dirigirse al documento en su totalidad, especialmente si se ha tenido acceso al mismo.

Se podría señalar alguna ausencia significativa en la bibliografía como los artículos de Serge Salaün en el primer Congreso del GEXEL (Bellaterra, 1995), y M<sup>a</sup> Fernanda Mancebo

en *Exils et Migrations*, n° ¾, (París, 1997), sobre el *Boletín de la U.I.E.*, así como el número 4 de *Taiifa* (Barcelona, 1997), monográfico sobre el exilio español en México.

Me permito por último felicitar a los autores por el gran trabajo realizado y la posibilidad que han brindado a todos los investigadores de poder abarcar esta entrañable publicación que fue *Las Españas*.

\* \* \* \*

Hace unos meses con ocasión del congreso *L' exili cultural de 1939*, se realizó en Valencia una exposición con fondos del Ateneo español de México. Fui coordinadora de la misma y del catálogo, *Letras del Exilio*, con S. Albiñana y tuve entre mis manos el ejemplar de la primera edición de *La Librería*. Algo después supe por Juan A. Díaz y Maruja Otaola que se iba a reeditar. José Luís Borau tenía mucho interés y Ediciones del Imán se iba a hacer cargo de dar a luz este libro apenas conocido en esta orilla. Así que J. A. Díaz se puso en contacto con la familia y también con Elvira Godás, la esposa de Arana y “habemus liber”, presentado recientemente en Segorbe. (Castellón).

Pese a carecer del carisma del libro antiguo, ese valor simbólico que adquieren los objetos, fetiches menos o más valiosos, debo reconocer la dignidad y el encanto de esta nueva edición. Los dibujos y parte de las fotografías son las de la primera, y en algunas se ha podido identificar a los personajes. Cuenta con una introducción de José de la Colina, contemporáneo de la Librería, que narra con su tono habitual la pequeña historia del *Aquelarre* y otras historias. Y se completa con un Índice onomástico muy útil aumentado por una Nota previa con una pequeña biobibliografía de Simón Otaola, José Ruiz Borau (José R. Arana) y José de la Colina, a cargo de Juan Antonio Díaz.

Ahora no sé si hay que hablar del autor, importante “per se”, Simón Otaola, o de José R. Arana que ha pasado a ser en el imaginario del exilio uno de los prototipos del español bohemio, librero, aragonés loco y genial, como su paisano Buñuel, espíritu sutil, bajo una bronca apariencia. Otaola, vasco, “prácticamente ignorado dentro de España y no muy bien conocido entre los hermanos de destierro”, militó en el sindicato de CAMPSA dónde trabajaba, fue comisario político durante la guerra, salió de España en 1939, pasó por campos de concentración franceses y llegó a México en el mismo año. Gran admirador de Gómez de la Serna, cubrió varios frentes: gacetillero, publicista de cine, novelista escaso, seis libros entre 1950 y 1980, “enemigo de la solemnidad y la cebolla”, su obra constituye una variante irónica pero entrañable de la tragedia del exilio.

Arana, según antes hemos visto fue persona importante en la creación y mantenimiento de *Las Españas* que se gestó precisamente en esta Librería, así como el Ateneo español y otras historias. Por la Librería de Arana pasó esa minoría significativa dentro del exilio cultural. Un libro que es, además, el contrapunto humorista y un tanto ácido de la seriedad académica de unas Actas e, incluso, de una publicación como *Las Españas*. En fin, como dice José de la Colina en la Introducción “había prescindido del habitual melodrama que rodeaba al asunto”, al exilio. (nota 6 del prólogo).

Cuando salió en 1952 —aparte de la mención de Francisco Pina en *Las Españas*— no hubo otro comentario impreso, pero sí se habló de él en los cafés y las tertulias, y con escándalo. Al principio Arana llevaba la librería bajo el brazo, era un vendedor ambulante y tras zascandilear por los puntos de reunión (aquí un primer retrato con sabor de microhistoria y la nueva biografía) recalaron en varios puntos y terminó mal, en el café Kiko...Pero entretanto....

Entretanto había desfilado por la Librería “cada hijo de vecino arrastrado por una necesidad de diálogo, de compartir revueltas, figuraciones, de ordenar agrídulces añoranzas. No se ha librado ni Dios” (41). Y la retahíla de nombres célebres está en la página 43 de esta edición, porque el Índice onomástico y la Nota final abarcan, a pesar de “los despistes” intencionados de Otaola, todos los demás. Aquí los retratos, las semblanzas a modo de pequeñas biografías sí conforman un microespacio lleno de gracia, de ingenio, de bondadosa y lúcida crítica, “aquella Española, fuera de España”: Ramón Gaya no le gusta —es injusto—; Antonio Espina le parece muy bien; Juan Bruguera es un gran comprador... que se lea el libro.

Y sigue con las “peñas” de los cafés, el ventorro de las brujas —la casa de Mariano Granados en Cuernavaca—...Que se lea el libro...

Y dos capítulos que no es posible soslayar: “El Ateneo Español de México” y “A lomos de Clavileño”, que refiere la gestación de *Las Españas*. El Ateneo Español de México (113-157), comienza “En La Librería de Arana se piensa mucho en España. Se arman los grandes follones polémicos y se mezcla la política con la literatura, La Librería de Arana no sirve para vender libros ni para vender nada”. Hay muchos libros pero lo que abunda es la imaginación...Un día Arana y Andújar imaginaron una revista, *Las Españas*, y poco después con José Luis de la Loma —y don Ceferino Palencia— surgió el Ateneo. La caricatura de este Palencia por RAS; la fachada del Ateneo por José de la Colina; La caricatura de José L. de la Loma por RAS; el dibujo de León Felipe por Juanino (aquel Juanino que diseñó *FUE*, la revista de la *FUE* de Valencia, sí); RAS, por RAS, amenizan estas páginas, con el cuadernillo de fotografías, en el que se identifican los contertulios de la Librería.

El Ateneo no sale muy bien librado en la pluma de Otaola. Pilar Balbontín, la mujer de la Loma, tampoco. Sus conferencias, conferenciadas y público..., habrá que leer el libro. Téngase en cuenta el grado de provocación que pretende el autor. Pero no importa: “El Ateneo está ahí: firme y optimista, como un ejemplo de pequeño sueño cuajado” (128). Y, como decía al principio, también llegó a Valencia en noviembre de 1999, con su actual presidenta Leonor Sarmiento...y en el recuerdo José Puche, que no se pudo desplazar...Finalmente y “A lomos de Clavileño” aparece la quijotesca aventura de *Las Españas*. Y otras revistas de los más jóvenes, Rius, Souto...

El exilio terminó oficialmente el 20 de noviembre de 1975 con la muerte de Franco “sin ser juzgado y fusilado”, pero sigue presente y recuperado paso a paso en Viver de las Aguas y Segorbe (Castellón) en Madrid, Valencia, Cataluña, en Galicia, Andalucía Castilla-La Mancha y el País Vasco, en Asturias y Cantabria. Será muy difícil ignorarlo ya.